



La educación. Una perspectiva integradora

Education. Un integrating perspective

Ingrid Delgadillo-Cely¹

Para citar este artículo: Delgadillo-Cely, I. (2023). La educación. Una perspectiva integradora. *Infancias Imágenes*, 22(1), 83-91. <https://doi.org/10.14483/16579089.19746>

Recibido: 30-julio-2022

Aprobado: 24-junio-2023

Resumen

El presente artículo constituye un ensayo reflexivo acerca de cómo la pandemia es solo una de las situaciones que debemos asumir frente a las exigencias que el cambio climático y la consecuente crisis ambiental nos demandan. Sostiene que desde la educación tenemos la responsabilidad de contribuir a enfrentar estos desafíos, promoviendo un viraje creativo, solidario, con apuestas epistémica y culturalmente diversas, hacia la renovación de la relación de la humanidad con lo existente desde una visión de integración y de conexión planetaria y espiritual.

Palabras clave: biodiversidad, cuidado, educación, Tierra, vida.

Abstract

This paper constitutes a reflective essay about how the pandemic is only one of the situations that we will have to face; we must assume the demands that climate change and the consequent environmental crisis demand of us. It argues that education has the responsibility of contributing to face these challenges, promoting a creative, supportive turn, with epistemic and culturally diverse stakes, towards the renewal of humanity's relationship with what exists from a vision of integration and planetary connection and spiritual.

Keywords: Earth, care, life, biodiversity, education.

83

¹ Profesora asociada de la Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Doctora en Educación, Magíster en estudios de género. Miembro del grupo interinstitucional de investigación Equidad y Diversidad en Educación UPN-UDFJC. Correo electrónico: isdelgadilloc@udistrital.edu.co

Introducción

En los últimos años hemos padecido como especie la amenaza colectiva de la muerte por un virus que “corona” sin tregua la vida, produciéndonos miedo, ansiedad, sentimientos de impotencia y fragilidad. Las alternativas desde la institucionalidad han consistido en la separación, el aislamiento, la asepsia, el teletrabajo, el telestudio, la televidas, sin aportar respuestas contundentes para comprender la lógica sistémica que está implicada en el sostenimiento de la vida en el planeta, sin dar lugar a entender que todo está conectado. A propósito, necesitamos evidenciar cómo la pandemia SARS Covid-19 parece ser uno de los efectos del desconocimiento de esta lógica y, así mismo, apostar por la consolidación de otros referentes de sentido desde los cuales asumir un mundo más afable, más seguro, más armónico.

En este escrito, se abordan los dos asuntos mencionados líneas arriba, la crisis en la cual la pandemia es solo un síntoma y la afirmación de otros referentes narrativos, de sentido y de perspectiva, que contribuyan a propulsar la nueva apuesta paradigmática que algunos han denominado el gran giro (Macy y Brown, 2019).

Valladares (2020) nos recuerda cómo la biodiversidad y “los ecosistemas estables constituyen un escudo protector frente a los virus o bacterias, mientras que la pérdida de estos representa la dinamización o promoción de nuevos virus”, y anota al respecto, cómo el cambio climático está afectando a unos niveles preocupantes la estabilidad de los ecosistemas, desde lo cual el derretimiento de los glaciares o suelos congelados por efecto del calentamiento global, no sólo promueve la liberación de gases de efecto invernadero, sino también de virus, como el ántrax u otros que pueden emerger a partir de derretimiento del permafrost y los polos (Fox-Skelly, 2017) sobre los que aún no tenemos antídotos.

El caso, como señalan Sanz y de la Sota (2020), es que antes de la “pandemia” nuestras sociedades ya encaraban grandes retos, “cuestiones como el cambio climático, la contaminación y la pérdida de biodiversidad siguen presentes y conectados con la situación que vivimos”; la revolución industrial, con el concomitante uso intensivo de energías fósiles, la concepción de la naturaleza como recurso,

son fenómenos que están en el origen del deterioro y desequilibrio medioambiental que padecemos.

Adicional a ello, actualmente, las actividades humanas como los agronegocios, el cultivo de plantas y animales (Organismo Genéticamente Modificado, OGM), o la minería a gran escala, pueden ser en buena parte, responsables de la proliferación de virus, lo cual nos obliga a revisar el conjunto de fenómenos, evidenciando la responsabilidad que el actual sistema de pensamiento moderno, capitalista, colonial, patriarcal (Santos, 2022) tiene sobre los desastres naturales y ambientales de las últimas décadas. Así, los científicos plantean que la humanidad está causando la sexta extinción masiva, lo cual supone la pérdida de un alto porcentaje de la biodiversidad en el planeta. De acuerdo con World Wildlife Fund (WWF, por sus siglas en inglés) (2022), se suman las catástrofes nucleares (Chernóbil, 1986 y Fukushima, 2011), entre otros fenómenos que vienen aconteciendo y que cada vez son más difíciles de encarar.

Dichas catástrofes, según Garrido (2007), devienen de varios procesos interconectados, relacionados, de una parte, con la reducción de todo tipo de recursos biodiversos, el agua, los minerales e incluso los combustibles; por otra parte, los niveles extremos de contaminación y de consumo que sobrepasan la capacidad del planeta y de los ecosistemas de asimilarlos. Para Garrido, estos procesos de degradación (agotamiento, contaminación y saturación) configuran una “diabólica sinergia destructiva” (p.32), que produce efectos desastrosos para el sostenimiento de la vida. En esta “sinergia destructiva” de producción, consumo y generación de desechos, cuya base energética es el petróleo (energía fósil), fenómenos como el aumento y variabilidad en los precios del petróleo, tendencias especulativas, producción intensiva y extensiva de agrocombustibles, se retroalimentan con la implementación a gran escala del modelo agroindustrial orientado principalmente a la exportación o “agrobusiness” y contribuyen —contrario a lo que se desearía— a generar mayor escasez de alimentos y a incrementar el hambre en el mundo (Pérez, 2014; Shiva, 1998).

El pico del petróleo, como evidencia de la reducción —agotamiento— de recursos; la crisis climática relacionada con el desbordamiento de las

emisiones de gases de efecto invernadero que hace que el planeta no cuente con las condiciones para reciclarlos y las amenazas reales de una crisis alimentaria que implique una menor producción de alimentos frente a una población mundial creciente, son síntomas muy alarmantes que nos obligan a comprender, de acuerdo con Lander, a esta como una época de crisis de un patrón civilizatorio que tiene como objeto el sometimiento total de la naturaleza (Lander, 2015). Frente a estos problemas, Iván Illich hace más de cuarenta años, ya afirmaba que:

asistimos a una “crisis” energética que ha sido precedida por una análoga “crisis” ecológica: se abusa de ambas con fines de explotación política. Sin embargo, hay que entender que, la segunda no encuentra su solución aun cuando se encuentren formas de producir energía abundante y limpia, es decir, sin efecto destructor sobre el medio ambiente. (1985, p. 456)

Dicha crisis civilizatoria (Lander, 2015), involucra de manera sinérgica diversas dimensiones, cuyo fundamento se haya en el agotamiento de un modelo de vida colectivo necrófilo y devastador, de un paradigma basado en la razón occidental, patriarcal, colonial y racista.

Al respecto, distintos autores (Latouche y Harpagés, 2011; López, 2013; Taibo, 2009) anuncian que estamos atravesando el final de la era del petróleo y por tanto del mundo que conocemos, plantean que no se trata de reemplazar el petróleo, ni de ubicar otra fuente de energía que lo reemplace para seguir consumiendo al mismo ritmo, generando desechos, materia o energía degradada que el planeta no tiene capacidad para asimilar, sino que se trata de “decrecer” (Taibo, 2009); lo cual, en palabras de Georgescu-Roegen, implican comprender que “el estado más deseable no es un estado estacionario sino un estado declinante. Sin duda el crecimiento presente tiene que cesar o, más aún, cambiar de signo” (Georgescu-Roegen citado en Carpintero, 2006, p. 192). No solo se trata de ir más allá del capitalismo, sino de sustentar desde *otro* paradigma la vida en interconexión.

Este *otro* paradigma se inscribe en lo que autores como Macy y Brown (2019, p. 20) han llamado el

“Gran Giro”, que básicamente consiste en “la transición hacia una sociedad que sustenta la vida”. El Gran Giro sugiere que es necesario un cambio de valores, comprendiendo lo existente desde una perspectiva sistémica, en la que las interconexiones, los vínculos se tejan en la búsqueda del bien común.

En esta apuesta, en la configuración de ese “otro” paradigma desde el “Gran Giro”, en ese cambio de valores, proponemos algunos principios que desde la educación debemos asumir para caminar en la dirección del sostenimiento de la vida: 1. Somos co-creadores del mundo; 2. Una ética del cuidado; 3. El reconocimiento de la Tierra, Gaia, como sistema vivo; 4. Los saberes ancestrales; 5. Reestablecer la dimensión terrenal del cuerpo; 6. La Nueva Conciencia y la Espiritualidad. A continuación, vamos a considerar cada uno de ellos.

Una propuesta para reestablecer el vínculo con la vida

Somos co-creadores del mundo

La educación para la transición y más aún para la transformación se sitúa en redes conversacionales que consisten en la conjunción entre el *lenguajear* y el emocionar como anota Maturana (1999). Los seres humanos construimos “la realidad” en el conversar o en el diálogo, y es allí en donde evidenciamos las verdades que guían nuestra existencia y que inconscientemente asumimos como absolutas, únicas, totales. La educación planteada desde el diálogo (Bohm, 1997), hará posible esta apertura del pensamiento, permitiéndonos revisar los lugares “mentales” de confort a los que nos aferramos, para ayudarnos a abrir la mano, como diría Maturana (1999) para soltar esas verdades y aventurarnos a pensar de manera que logremos avanzar hacia la incertidumbre, asumiendo una apertura creativa (Peat y Briggs, 1999), desde la cual alcancemos una profunda y novedosa apreciación de la vida, como un campo abierto, desplegado, como totalidad fluvente de la cual formamos parte (Bohm, 1998).

Si asumimos que somos los co-creadores de la “realidad” podremos desaprender e inventar lo nuevo, para soñar, fabular siguiendo a Assmann (2002, p. 58) un mundo nuestro, un mundo “otro” en el que superemos las divisiones, exclusiones, la

discriminación e injusticias que gobierna el mundo que habitamos. Como humanos somos seres de lenguaje, de expresión, de imaginación, “alumbremos” el mundo, hacemos nacer un mundo en cuanto colectivamente le damos forma simbólicamente y lo configuramos como nuestro.

En tanto co-creadores del mundo mediante el lenguaje, apelamos a la educación para “ambientalizar” el pensamiento, como dice Noguera de Echeverri (2004), comprendiendo la vida, lo vivo, en tanto sistemas dinámicos interconectados, redes interdependientes. Así mismo, desde la educación, deberemos “poetizar” el pensamiento, es decir reencantarlo, de manera que se opaquen las racionalidades excluyentes de los discursos cientificistas y que “la voz misteriosa del mundo como vida, como ser en despliegue, como perpetua aurora y crepúsculo, pueda ser escuchada” (Noguera de Echeverri, 2004, p. 22).

Una ética del cuidado

86 Para avanzar en el camino de la religación (reestablecer el vínculo con la naturaleza) necesitamos crear mediaciones, procesos educativos con sentido, a partir de una ética del cuidado (Boff, 2002), una ética como principio existencial en donde el bienestar propio esté en correspondencia con el bienestar de todos los seres del planeta. En donde dicho cuidar implique comprender que formamos parte de lo que Capra (1996) define como la trama de la vida. Una ética del cuidado que reestablezca los ciclos fracturados y nos permita asumir la vida como una danza en la cual la muerte no se perciba como pérdida sino como principio de un nuevo nacimiento: creación, transformación, renovación.

Una ética del cuidado en la cual reconocer nuestra finitud como especie y nuestra fragilidad nos permita restaurar la cordura. Esta ética del cuidado, retomando a Heidegger (2018), comporta toda la dimensión de la existencia, como un ser ahí — en-el-mundo— en condición de arrojado, que padece la *angustia* como modo de estar en ese mundo, padece su condición de arrojado y su angustia se da *por poder participar en ese mundo* (Heidegger, 2018, p. 192). Esta angustia constituye la pregunta por nuestra existencia, por la difícil

tarea de asumirnos vivientes en un tiempo como este de crisis. Esta condición, desde Heidegger (2018), supone un “ir siendo”, no un ES absoluto, o un SER anquilosado y prefigurado, sino un ser en movimiento, un ser como proyecto, con la posibilidad siempre abierta de configurarse y redefinirse en el paso por la vida y por las experiencias; esta percepción acerca de lo humano constituye una fisura en la noción de sujetos acabados, racionales, objetivos y coherentes que nos legó la Ilustración. En tanto proyecto, es posible asumir la vida y la educación como una aventura hacia el descubrimiento de aquello que realmente guía el sentido de nuestra presencia en la Tierra.

Esta perspectiva de “ir siendo”, se enriquece en tanto se da en -medio-de-, de la mano-de-, -entre los otros-, pues son precisamente esos otros, quienes, desde la acogida amorosa, la atención, la dedicación nos acompañan en el camino del “ir siendo”, del estar abiertos a co-crear, con los otros, en interacción, así como a “transformar”, movilizar lo que hayamos definido como realidad. Dice al respecto, Heidegger “La *perfectio* del hombre —el llegar a ser eso que él puede ser en su ser libre para sus más propias posibilidades (en el proyecto) — es “obra” del “cuidado” [...] (2018, p. 199). Es el cuidado, desde la afabilidad, la “solicitud”, la solidaridad, que los seres humanos “Ahí arrojados” a la incertidumbre, podremos ocuparnos y hacernos cargo de los dramas, desastres y aciertos cometidos, en un mundo que evidenciamos “vivo”.

El reconocimiento de la Tierra, Gaia, como sistema vivo

Pasar de asumir a la Tierra, de roca estéril a sistema interconectado, en un equilibrio dinámico perfecto, que se solventa mediante la interacción constante de los organismos vivos, constituye un cambio paradigmático. David Suzuki, aporta una descripción que nos ilustra al respecto:

A lo largo de la historia de la vida en la Tierra, los organismos vivientes han interactuado y alterado las características físicas del planeta —erosionando rocas y montañas, generando suelo, filtrando agua como parte del ciclo hidrológico, almacenando

carbono en la piedra caliza, creando combustibles fósiles, eliminando dióxido de carbono y añadiendo oxígeno a la atmósfera. Pero estos procesos han llevado millones de años e involucrando a cientos miles de especies. Ahora, una especie, la nuestra, está alterando artificialmente las propiedades químicas, biológicas y físicas del planeta en cuestión de un ínfimo instante cósmico. (2011, p. 31)

Se trata de la comprensión de la tierra como sistema autoorganizado en el cual sus partes se retroalimentan, se interafectan como totalidad, como organismo, el cual cuenta con una *atmósfera, con un* envoltorio esférico y gaseoso que lo rodea y a la vez que permite el ingreso de la luz solar, lo protege de los rayos ultravioleta generando un escenario propicio para que la biodiversidad surja y prolifere (Benítez, 2007).

Las plantas y el agua, forman parte indisoluble de este sistema vivo y contribuyen a mantener y a crear la vida, tal como reconocen Mancuso y Viola, retomando a Kliment Timiriázev (Mancuso y Viola, 2015), la planta “es el eslabón que une la Tierra con el sol, y, de hecho, casi todo lo que el ser humano ha usado como fuente de energía desde el principio de los tiempos proviene de ella” (p. 36). Las plantas, aportan oxígeno en un muy alto porcentaje, contribuyen a mantener y cosechar el agua, toman carbono del aire y lo llevan a la Tierra favoreciendo el sostenimiento de los ciclos naturales. Además de ser la mayor fuente de alimentos y nutrientes de los que disponemos, aportan serenidad, mejora en las capacidades de atención, bienestar a partir tanto de sus propiedades curativas, nutritivas e incluso ornamentales (Hueso, 2017). Por ello, es hora de revisar las nociones y percepciones que tenemos sobre estas, por ejemplo, a propósito de la inteligencia que se comprende como un comportamiento adaptativamente variable durante la vida del individuo en un intento de discriminar el comportamiento inteligente de las respuestas autónomas, es decir, invariantes:

Dada la plétora de señales que las plantas integran en una respuesta, no se producen respuestas automáticas. En cambio, las percepciones de las señales

se clasifican de acuerdo con las evaluaciones que hace la planta de fuerza y exposición al sol. Las respuestas automáticas pueden rechazarse; el número de ambientes diferentes que experimenta cualquier planta silvestre debe ser casi infinito en número. Solo el cálculo complejo puede diseñar la mejor respuesta. (Trewavas, 2007, p. 3) [Traducción propia]

De igual manera, el agua no puede seguir siendo concebida solo como materia inerte, o solo como un mineral explotable y renovable. Según Coats (1996), en concordancia con los postulados de Viktor Shauberger:

[Abre cita]; El agua es una sustancia viva!... como entidad viva, Viktor vio el agua como un acumulador y transformador de energías que se originan desde la Tierra y el Cosmos, y como tal, fue y es el cimiento de todos los procesos vitales y la mayor contribución a las condiciones que hacen posible la vida. No sólo eso, sino que una vez madura, nutrida, el agua es un ser investido con el poder extraordinario de dar y darse a sí misma a todas las cosas que requieran vida. (Coats, 1996, p.93)

A tono con este planteamiento, Suzuki señala que, así como el planeta, el cuerpo humano está compuesto por no menos de 60 % de agua, “somos básicamente gotas de agua con el espesante orgánico justo para no derretirnos en el suelo” (Suzuki, 2011, p. 90); sin embargo, usamos el agua como vertedero de tóxicos, de desperdicios, de deshechos.

En este orden de ideas, una tarea primordial para la educación consiste en revisar la forma superficial, mecanicista y materialista de significar al agua, a las plantas, al conjunto de la Tierra, así como cuestionar la perspectiva que las define como recursos, manipulables, comercializables; resignificando la condición entramada de estos elementos, de lo cual los humanos constituimos una sola hebra.

Los saberes ancestrales

La ciencia occidental después de varias décadas intentando demostrar la superioridad de algunas

razas sobre otras, finalmente ha comprendido que todos los humanos provenimos del mismo tejido genético y, por ende, que todas las culturas comparten la misma agilidad y destreza mental más allá de las elecciones u opciones adaptativas que hayan asumido. Tal como anota Wade Davis “No existe una jerarquía de progreso en la historia de la cultura, ni una escala de darwinismo social hacia el éxito” (2016, p. 25). Desde este razonamiento, la pretensión de una cultura o sociedad más desarrollada o avanzada que otra pierde total fundamento, por el contrario, la genética ha demostrado que toda la humanidad viene de una misma raíz. Davis afirma:

compartimos una herencia sagrada, una historia en común inscrita en nuestros huesos [y que el sin número de culturas que han habitado el planeta] no son intentos fallidos de alcanzar la modernidad [...] Son expresiones únicas de la imaginación y el corazón humanos, respuestas únicas a una pregunta esencial: ¿qué significa ser humano y estar vivo? (Davis, 2016, p. 25)

88

Revitalizar e incorporar en nuestro currículo el saber de los pueblos ancestrales, reivindicando el valor de la tradición y de la memoria son elementos cruciales no solo para hacer justicia en términos históricos, sino porque sus enunciados comportan una visión de mayor empatía con el entorno. Por ejemplo, sus cuestionamientos y prácticas —en general— radicales frente a las nociones de progreso y desarrollo, hacen viable frenar la carrera absurda hacia el desastre ambiental y societal, pues los pueblos que aún conservan sus antiguas tradiciones saben que el planeta tierra está ligado al cosmos, que forma parte de la vía láctea y según sus concepciones, la forma en espiral de nuestra galaxia es la estela que va dejando en su viaje por el universo.

Algunos pueblos indígenas, v. g., los Huitos, los Koguis, los Kamensá, también conocen de los elementales de las plantas, es decir, de sus poderosas virtudes a través de las cuales guían, cuidan y curan, lo cual les permite mantener una relación de respeto y armonía con aquello de lo que sienten que forman parte. En palabras de Berry y Clarke,

“los pueblos indígenas que aún sobreviven tienen mucho que enseñarnos, una primera idea fundamental es que el universo es una comunidad de sujetos” (Berry y Clarke, 1997, p. 35), en donde los árboles, las aves, los peces, las montañas, los ríos, tienen una voz y es necesario escucharlos, hablar con el conjunto de esa comunidad. Y como siguen señalando los autores mencionados, nuestra sociedad padece de autismo, “sólo nos hablamos a nosotros mismos. No hablamos al río, no lo escuchamos. Hemos roto la conversación. Al hacerlo hemos destrozado el universo” (Berry y Clarke, 1997, p. 35).

Reestablecer la dimensión terrenal del cuerpo

La ciencia occidental desde los siglos XVII y XVIII propició la disociación del cuerpo y de la mente, a partir de la cual instituyó la idea de un cuerpo mecánico, estructurado por piezas separadas. Desde allí se privilegió el aspecto intelectual-racional, sin relación con las asociaciones neuronales y nerviosas que en el conjunto de nuestro cuerpo intervienen en el proceso de conocer, de respirar, de hacer presencia cotidiana, es negar nuestra existencia material y propiciar desde el origen una ruptura con lo vital, privilegiando un yo individualizado, segmentado, separado tanto de sí como de la comunidad de la cual hace parte. Para avanzar hacia la transición de una sociedad que sustenta la vida, reivindicamos nuestra corporalidad como dimensión terrenal y asumimos que nos exponemos al mundo siendo cuerpo. A propósito, retomamos a D. H. Lawrence:

Deberíamos bailar de gozo por estar vivos y tener un cuerpo, por formar parte del cosmos vivo y encarnado. Yo soy parte del sol, como mis ojos son parte de mí. Mis pies saben perfectamente que soy parte de la Tierra; y mi sangre es parte del mar. No hay nada en mí que sea solo y absoluto excepto mi mente, y sabemos que la mente no tiene existencia por sí misma, que es solo el reflejo del sol en la superficie de las aguas. (1990, p. 161)

Del mismo modo, a Jordi Pigem, quien reafirma la importancia de enraizarnos al cuerpo:

Solo arraigándonos en el suelo biológico de nuestro cuerpo podemos arraigarnos a la Tierra, sentir el flujo que asciende de ella, abrimos a la vida, ser plenamente humanos, encarnando la experiencia inmemorial de caminar levemente sobre la tierra, bajo el cielo, con nuestro cuerpo que respira y habla. (1994, p. 105)

Así, requerimos recobrar el lugar del cuerpo, puesto que no existe realidad para descubrir o conocer que no esté incardinada, que no atraviese el propio cuerpo. El ejercicio de respirar de manera consciente, atenta, presente, es el principio para volver al cuerpo, para rehabetar el cuerpo. La respiración permite que nuestra mente se asiente en el cuerpo, como dice Thich Nhat Hanh, “y, cuando conectas con tu cuerpo, también conectas con la vida, con el planeta Tierra y con el cosmos” (Hanh, 2014, p. 81).

La Nueva Conciencia y la Espiritualidad

Otra dimensión que ha sido expulsada del mundo del saber, de las academias y de los institutos de educación, así como de los referentes de bienestar es el de la espiritualidad. Este nuevo tiempo reclama una nueva espiritualidad que no se confunda con el fundamentalismo, ni con el fanatismo religioso, es más bien otro modo de asumir la trascendencia humana. En este sentido, la apuesta para un nuevo tiempo y para alumbrar un mundo vivo, parte de una educación desde la espiritualidad como práctica del goce de vivir en armonía con los ritmos de la Tierra.

Estas formas de reencontrarse con la “madre tierra” y con la naturaleza en su conjunto, tienen un sustento en lo que algunos han llamado “La Nueva Conciencia”, comprendida como una nueva visión del mundo, en la cual se cierne la construcción de un nuevo paradigma con base en lo ecológico “[...] hoy se está avanzando hacia una visión orgánica, en la que el cosmos aparece como una totalidad indivisible y dinámica, interconectada en todas sus partes como una gigantesca tela sin costuras” (Capra, 1992, p. 145). Esta nueva conciencia, se arraiga en el reconocimiento de nuestra pertenencia a dimensiones más sublimes, más trascendentes que la sola vida humana. Asumir que nuestra realidad es una “totalidad no dividida en movimiento

fluyente”, como ha señalado Bohm (1998) es parte de ese nuevo paradigma y esa nueva comprensión: la vida y la muerte no son más que movimientos de ese perpetuo fluir en el cual cada uno de nosotros, como cada una de las partículas existentes son —parafraseando a Bohm— “abstracciones de una forma de movimiento en el campo de la totalidad del universo” (1998). Al respecto, Fregtman afirma que las diferentes tradiciones filosóficas antiguas tanto de oriente como de occidente comparten la noción de que existe un flujo, una totalidad, una sincronía:

La presencia de un principio unificador en el universo, interconectando todos los eventos, es la base de las principales cosmovisiones antiguas; todas ellas guiaron sus caminos reconociendo que la totalidad de los fenómenos —personas, animales, plantas, cosas—, desde las partículas subatómicas a las galaxias son aspectos del Uno. (Fregtman, 1994, p. 44)

Desde la cotidianidad del acelerado mundo moderno y desde la idea de realidad como materialidad dada y objetiva, es difícil acceder a estas percepciones y experiencias de totalidad y participación cósmica como seres de energía e informados por las trazas de los universos que nos han precedido. Sin embargo, científicos del corte de David Suzuki (2011) nos recuerdan que somos seres espirituales y que para nuestra salud y la del planeta necesitamos lugares sagrados para venerar y estar en comunión con la vida.

En últimas, el llamado es avanzar hacia la construcción de una espiritualidad que trascienda lo individual y se ancle en una perspectiva de integración y participación, del orden de lo que Pannikar llama la ecosofía:

Más allá de una simple ecología, la ecosofía es una sabiduría-espiritualidad de la tierra. “El nuevo equilibrio” no es tanto entre el hombre y la Tierra, sino entre materia y espíritu, entre el espacio —temporalidad y la conciencia. *La ecosofía no es una simple “ciencia de la tierra” (ecología) ni siquiera una “sabiduría sobre la tierra”, sino “sabiduría de la tierra misma” que se manifiesta al hombre cuando sabe escucharla con amor.* (1994, p. 220) [cursiva en el original].

Conclusiones

Los elementos que hemos presentado en este escrito, relacionados con nuestra condición de seres de lenguaje, de creación e imaginación; el sentimiento de cuidado, solidaridad como puntales de nuestro existir en convivencia y seguridad; el reconocimiento de entidades y dimensiones sagradas desde las cuales re-establecer una conexión espiritual; la valoración de la diversidad cultural y epistémica del mundo; la renovación de nuestra mirada sobre el planeta, el agua, las plantas, el propio cuerpo; nos remiten a configurar una educación integradora; una educación desde el vínculo, el encuentro, la pertenencia a algo más allá de nuestra precaria individualidad; una educación que nos permita comprendernos como parte de la totalidad, responsables de nuestro devenir colectivo, y por ende, con la capacidad para redefinir el rumbo que nos está llevando a un indeseable futuro.

90 Por ello, si nuestro interés es preservar la vida, hacernos resilientes frente a virus y bacterias, evitar más catástrofes ambientales y sociales, de lo que se trata es de abrirnos a nuevas epistemes reintegrando la naturaleza, la emoción, la espiritualidad, la diversidad en todas sus expresiones, en aras de reconciliarnos con la Tierra, con todos sus habitantes y con nuestra terrenal y a la vez cósmica humanidad.

Para terminar, retomo a Coats, que sintetiza lo que se ha querido expresar a lo largo de este trabajo.

Ciertamente viene un cambio, pero no habrá un cambio inmediato a mejor hasta que no se pongan fundamentalmente en manos de los nuevos programas basados en objetivos a largo plazo y se apoye una nueva filosofía económica natural, recordando siempre que la prosperidad de cualquier tipo se basa exclusivamente en una abundancia y en el mantenimiento de una vegetación sana y de un agua sana.

[...] Por lo tanto, nuestro papel debería ser el de guardianes del futuro, el de ayudantes, el de restauradores y criadores de toda vida, aún más a una hora tan tarde si no queremos inaugurar nuestro propio olvido. Demasiadas especies, cada una con sus características y actividades especiales como instrumentos en la obra maestra orquestal de la naturaleza, en gran

medida todavía un misterio para nosotros, han sido sacrificados como nuestra espiritualidad y sensibilidad innata han sido degradadas en la persecución del bienestar económico y material. Para absolvernos a nosotros mismos adecuadamente en el futuro y para restaurar nuestra dignidad anterior [...] es hora de que hagamos un serio balance de lo que hemos hecho y de por qué lo hemos hecho, por lo cual es absolutamente esencial una perspectiva general integradora que lo abarque todo. (Coats, 1996, pp. 236-237)

Referencias

- Assman, H. (2002). *Placer y ternura en la educación: Hacia una sociedad aprendiente*. Narcea.
- Benítez, L. (2007). La enfermedad de Gaia. *Ciencia. Revista de la Academia Mexicana de Ciencias*, 58(1), 6-14.
- Berry, T., y Clarke, T. (1997). *Reconciliación con la Tierra. La nueva teología ecológica*. Cuatro Vientos.
- Boff, L. (2002). *El Cuidado esencial: ética de lo humano, compasión por la Tierra*. Trotta.
- Bohm, D. (1998). *La totalidad y el orden implicado*. Editorial Kairós.
- Bohm, D. (1997). *Sobre el diálogo*. Editorial Kairós.
- Capra, F. (1996). *La Trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*. Anagrama.
- Carpintero, R. (2006). *La bioeconomía de Georgescu-Roegen*. Montesinos.
- Coats, C. (1996). *Energías vivas. Desarrollo sobre el brillante trabajo de Viktor Schauberger con energías naturales*. Gateway Books.
- Davis, W. (2016). *Los guardianes de la sabiduría ancestral: Su importancia en el mundo moderno*. Sílabá Editores.
- Fox-Skelly, J. (2017). *Los peligros de las enfermedades ocultas bajo el hielo durante miles de años que están despertando*. BBC News Mundo. <https://www.bbc.com/mundo/vert-earth-39851987>
- Fregtman, C. D. (1994). *1994. El tao de la música*. Troquel.
- Garrido, F. (2007). Sobre la epistemología ecológica. En F. Garrido, M. González de Molina, J. L. Serrano, y J. L. Solana (Eds.), *Paradigma*

- ecológico en las ciencias sociales (pp. 31-53). Icaria Editorial.
- Hanh, T. N. (2014). *Un canto de amor a la Tierra*. Editorial Kairós.
- Heidegger, M. (2018). *El ser y el tiempo*. Trotta.
- Hueso, K. (2017). *Somos naturaleza. Un viaje a nuestra esencia*. Plataforma.
- Illich, I. (1985). *Energía y equidad: desempleo creador*. Editorial Joaquín Mortiz.
- Lander, E. (2015). Crisis civilizatoria, límites del planeta, asaltos a la democracia y pueblos en resistencia. *Estudios Latinoamericanos*, 0(36), 29-58. <https://doi.org/10.22201/cela.24484946e.2015.36.52598>
- Latouche, S., y Harpagés, D. (2011). *La hora del decrecimiento*. Octaedro.
- Lawrence, D. H. (1990). *Apocalipsis* [J. Fibla, Trad.]. Montesinos.
- López Arismendi, V. (2013). *El fin de la era petrolera. Los últimos días de la sociedad de la abundancia*. Editorial Ticketenlinea.
- Lovelock, J. (1979). *Las Edades de Gaia: Una biografía de nuestro planeta vivo*. Tusquets.
- Macy, J., y Brown, M. (2019). *Nuestra vida como Gaia: La guía actualizada de El trabajo que reconecta*. Instituto Bioalkimia. https://www.reconectando.org/pdf/2_nuestra_vida_como_gaia.pdf
- Mancuso, S., y Viola, A. (2015). *Sensibilidad e inteligencia en el mundo vegetal*. Galaxia Gutenberg.
- Maturana, H. (1999). *Transformación en la convivencia*. Dolmen.
- Noguera de Echeverri, A. P. (2004). *El reencantamiento del mundo*. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, PNUMA, Oficina América Latina y el Caribe; Universidad Nacional de Colombia, IDEA.
- Panikkar, R. (1994). *Ecosofía: para una espiritualidad de la tierra*. San Pablo.
- Peat, D., y Briggs, J. (1999). *Las siete leyes del caos*. Grijalbo.
- Pérez, M. (2014). El despojo del territorio. Elementos claves para el entendimiento de las luchas agrarias en Colombia. *Semillas*(55/56), 8-12.
- Pigem, J. (1994). *La odisea de occidente: modernidad y ecosofía*. Editorial Kairós.
- Santos, B. d. S. (2022). *Poscolonialismo, Descolonialidad y Epistemologías del Sur*. CLACSO.
- Sanz, A., y de la Sota, C. (2020, 6 de abril de 2020). La COVID-19 y la sostenibilidad medioambiental del mañana. *The Conversation*. <https://theconversation.com/la-covid-19-y-la-sostenibilidad-medioambiental-del-manana-134461>
- Shiva, V. (1998). El GATT, la agricultura y las mujeres del Tercer Mundo. En M. Mies y V. Shiva (Eds.), *La praxis del ecofeminismo: biotecnología, consumo y reproducción* (pp. 107-127). Icaria.
- Suzuki, D. (2011). *El Legado. La sabia visión de un anciano para un futuro sostenible*. Octaedro.
- Taibo, C. (2009). *En defensa del decrecimiento: Sobre capitalismo, crisis y barbarie*. Catarata.
- Trewavas, A. (2007). The green plant as an intelligent organism. En F. Baluška, M. Stefano, y D. Volkman (Eds.), *Communication in Plants: Neuronal Aspects of Plant Life*. (pp. 1 - 18). Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-540-28516-8_1
- Valladares, F. (2020, 20 de marzo). El coronavirus nos obliga a reconsiderar la biodiversidad y su papel protector. *elDiario.es*. https://www.eldiario.es/opinion/tribuna-abierta/coronavirus-obliga-reconsiderar-biodiversidad-protector_129_1001805.html
- World Wildlife Fund. [WWF]. (2022). ¿Qué es la sexta extinción masiva y qué podemos hacer al respecto? <https://www.worldwildlife.org/descubre-wwf/historias/que-es-la-sexta-extincion-masiva-y-que-podemos-hacer-al-respecto>

